

directorio del departamento. El arsenal, el mercado de trigo, los Inválidos, las casas de los ministros y los puentes del Sena se ocuparían por destacamentos numerosos. El ejército del pueblo, dividido en tres cuerpos, avanzaría sobre las Tullerías, acampando en el Carrousel y en el jardín con sus cañones, víveres y tiendas; se fortificaría con cortaduras, barricadas y reductos de campaña, interceptando así todas las comunicaciones entre el palacio y sus defensores de fuera si se presentasen. La débil guardia suiza de las Tullerías no trataría de resistir á un ejército innumerable provisto de artillería; no se atacaría á los otros regimientos suizos en sus cuarteles, contentándose con cercarlos y con decirles que esperasen inmóviles la manifestación de la voluntad nacional. Tampoco se penetraría á la fuerza en el palacio; únicamente se bloquearía al trono en su último asilo, y á imitación del pueblo romano cuando se retiraba al monte Aventino, se enviaría un plebiscito á la Asamblea para significarle que el pueblo, acampado alrededor de las Tullerías, no depondría las armas sino después que la Representación nacional hubiese provisto á los peligros de la patria y asegurado la libertad. Ningún desorden, ninguna violencia, ningún pillaje quedaría impune, ninguna sangre se derramaría; la abolición del trono se ejecutaría con estas imponentes demostraciones de fuerza que, desanimando toda resistencia, quitarían el pretexto y la ocasión de todo exceso. Este era un acto de la voluntad del pueblo, grande, puro é irresistible como él.

Tal era el plan de los girondinos, escrito con lápiz por Barbaroux, copiado por Fournier el Americano, uno de los jefes de los marseleses, y adoptado por Danton y por Santerre.

IX

Los conjurados juraron ejecutarlo al otro día por la mañana, y para precaverse recíprocamente contra la revelación de un traidor de entre ellos, convinieron en vigilarse mutuamente; cada jefe marseles se llevó uno de los jefes parisienses, y con cada director parisien iba también un oficial marseles. Heron fué con Rebecqui, Barbaroux con Bourdon, y así los otros, á fin de que la traición, de cualquier parte que viniese, tuviera al momento su vengador en el cómplice mismo que hubiese escogido. En cuanto á la decisión de la Asamblea nacional, se abstuvieron de prejuzgarla por temor de que naciesen divisiones en el momento en que la unanimidad era más necesaria. Es menester que el objeto de los partidos sea tan vago é indeciso como las pasiones y las quimeras de cada uno de los que los componen. Suprimir todo lo que no es necesario, no definir nada y esperar todo de la casualidad, es el prestigio de las revoluciones.

Solamente la abolición del trono era el grito general de los *patriotas*; la pedían ya en voz alta en los clubs, en las secciones, en las peticiones y en la Asamblea. El pueblo, acampado alrededor del palacio, que le mostraban como el foco de la traición, la pediría inevitablemente á sus representantes; pero haciendo descender al rey del trono, ¿elevarían á otro en lugar del depuesto? ¿Y á quién se llamaría? ¿Sería á un niño bajo la tutela del pueblo? ¿Sería al duque de Orleans? El duque de Orleans tenía familiares, pero pocos partidarios. Si su presumida complicidad contra la corte tentaba á algunos hombres sin honor y cargados de deudas, su

nombre mal afamado repugnaba á los amigos sinceros de la libertad. Nacimiento, fortuna, conformidad de intereses, popularidad, comunidad de opinión, adhesión á la causa popular, tales eran los títulos que tenía el duque de Orleans para ser coronado por el pueblo y para triunfar con él; no le faltaba más que uno: la consideración pública. El podía servir y salvar á su país, pero no podía dar lustre á la revolución. Esta era su única tacha. Robespierre y los jacobinos repugnaban aceptar su nombre, y los girondinos le desdénaban á causa de las personas de que estaba rodeado. Todos le separaron por un comun acuerdo del programa que se proponían.

Roland, Vergniaud, Gensonné, Guadet y el mismo Barbaroux, aunque indecisos y vacilantes ante la república, la preferían con toda su tendencia á la anarquía, á la dominación de un príncipe que hiciese pasar el trono de la violencia á la debilidad, y que diese, según ellos, á una Constitución joven y sana todas las miserias de la decrepitud. Cambio de dinastía, regencia, dictadura ó república, todo quedó en una reticencia completa entre los promotores del movimiento. Produjeron el acontecimiento, contentándose con prepararlo, sin preguntarle anticipadamente su secreto. Esta fué la marcha constante de los girondinos, impulsar siempre sin saber adónde. La casualidad fué la que hizo de estos hombres los instrumentos de la revolución, y la que no les permitió nunca dominarla. Por su carácter estaban destinados á dar el impulso, nunca la dirección; así fué que fueron arrastrados por ella á otra parte, y más lejos de lo que ellos se propusieron.

X

Este plan abortó por la imposibilidad de tomar durante la noche las disposiciones necesarias para la reunión de los insurgentes. Barbaroux acusó de esta detención á Santerre, que quería más la agitación de su arrabal que la caída del gobierno. Petion mismo no estaba pronto. Centro de todos los movimientos legales ó insurreccionales de la guardia nacional, confidente á la vez de los que querían defender la Constitución y de los que querían atacarla, hablaba á cada uno un lenguaje diferente y daba órdenes contradictorias, resultando una confusión de disposiciones, de consejos y de medidas, que dejando á todo el mundo en la incertidumbre sobre las verdaderas intenciones del corregidor de Paris, lo suspendía todo... Ni Paris ni los arrabales se movieron; los marseleses se pusieron en marcha sin otro acompañamiento que los jefes que habían venido el día anterior á fraternizar con ellos. Doseientos hombres de la guardia nacional y unos cincuenta federados sin uniforme, armados con picas y cuchillas, asistieron á su entrada en Paris. La hez de los arrabales y del Palacio Real, muchachos, mujeres y gente ociosa, formaban calle en la plaza de la Bastilla y en las demas que atravesaban para ir al corregimiento. Petion arengó á estas columnas, y se les destinó cuartel en la Calzada de Antin, al que se fueron.

Santerre y algunos guardias nacionales del arrabal de San Antonio les habían hecho preparar un banquete en un restaurant de los Campos Elíseos. No lejos de allí, en algunas mesas puestas en otro restaurant, se reunían premeditada ó casualmente cierto número de oficiales de la guardia nacional de los batallones adictos al rey, algunos guardias de corps licenciados y varios jóvenes escritores realistas.

Este encuentro no podía ménos de producir un alboroto. Se creyó que los realistas lo deseaban para sublevar á Paris contra esta horda extranjera y para pedir la salida de los marseleses para el campo de Soissons. En el calor de la comida dieron con intencion las voces de *¡Viva el rey!* que parecian desafiar á los enemigos del trono. Los marseleses respondieron con los gritos de *¡Viva la nacion!* Los ademanes provocaron los ademanes; los grupos del pueblo que presenciaban de léjos los banquetes, tiraron barro á los granaderos realistas; éstos tiraron de sus sables; el pueblo llama en su socorro á los marseleses; los fosos y las verjas que separaban los dos jardines fueron franqueados en un momento, se cruzaron los aceros, los hierros de las verjas sirvieron de armas á los combatientes, corrió la sangre, y muchos guardias nacionales fueron heridos. Uno de ellos, el agente de cambios Duhamel, tiró dos pistoletazos sobre sus agresores, y cayó atravesado por la bayoneta de un marseles. El comandante general de las tropas de guardia en palacio hizo tocar generala y colocó la artillería en el jardin, como si temiese una invasion. El batallon de las Hijas de Santo Tomas tomó espontáneamente las armas para correr en auxilio de los granaderos. Otros batallones le imitaron, situándose en los baluartes, y quisieron ir para tomar venganza al cuartel de los marseleses. Petion se apresuró á ir allí, puso en libertad algunos presos, contuvo á la guardia nacional y restableció el orden.

Durante este tumulto, los realistas fugitivos tuvieron asilo yendo por el puente levadizo al jardin de las Tullerías, y á los heridos se les transportó al cuerpo de guardia de palacio. El rey, la reina, las señoras de la corte, los gentileshombres reunidos alrededor de ellos por la noticia del peligro, bajaron al cuerpo de guardia, curaron con sus propias manos las heridas de sus defensores, manifestando interes por la guardia nacional é indignacion contra los marseleses. Regnault de Saint-Jean d'Angely fué del número de los heridos. Por la noche, la sublevacion de la opinion pública contra los marseleses era general en la poblacion. En la sesion de la Asamblea del día siguiente se presentaron numerosas mociones pidiendo su salida; las tribunas silbaron á los peticionarios; Merlin pidió que se pasase á la orden del día; Montaut acusó á los caballeros del puñal; Gaston vió en ellos una provocacion de la corte para principiar la guerra civil; Grangeneuve denunció los proyectos de venganza meditados por la guardia nacional, y los demas diputados girondinos eludieron con desden la peticion de alejar á los marseleses, y se sonrieron á estos preludios de violencia.

Intimidada la corte por estos síntomas, trató de asegurarse de los jefes de esta tropa corrompiéndolos, por cuyo medio creia haberse atraído á Danton; pero si se corrompe fácilmente á la intriga, no sucede lo mismo con el fanatismo: entre los marseleses habia hombres sanguinarios, pero no habia traidores; por lo que se tuvo que renunciar á este medio de seduccion.

Por su parte, Marat dirigió á Barbaroux un escrito incendiario para ser impreso y distribuido á sus soldados. Marat provocaba en estas páginas una matanza en el Cuerpo legislativo, pero queria que se librase al rey y á la familia real. Sus relaciones sordas y fugaces con los agentes secretos de la corte hacian sospechosa esta humanidad de una pluma que no destilaba sino sangre. Marat entónces no creia aún la victoria del pueblo en la crisis que se preparaba, y pidió el 9 de Agosto una conferencia secreta á Barbaroux, en la que le instó vivamente para que le sus-

trajese á los golpes de sus enemigos llevándole consigo á Marsella disfrazado de carbonero.

XI

Otro paso tuvo lugar en nombre de Robespierre, sin que él lo supiese, para atraerse á los marseleses á su causa. Dos de sus confidentes, Panis y Freron, colegas suyos en el ayuntamiento, hicieron llamar á Barbaroux y á Rebecqui á la casa de la ciudad, so pretexto de dar á los batallones marseleses un cuartel más próximo al centro de los movimientos de la revolucion, en los Franciscanos. Esta



Conciliábulo secreto en Charenton.—Pág. 453.

oferta fué aceptada. Panis, Freron y Sergent ocultaron sus ideas. «El pueblo necesita un jefe; Brissot aspira á la dictadura; Petion la posee sin ejercerla; es un talento demasiado pequeño, ama sin duda la revolucion, pero quiere un imposible: ¡las revoluciones legales! Si no se violenta su debilidad, nunca obtendrá resultados.»

Al otro día Barbaroux se dejó conducir á casa de Robespierre. El fogoso jóven meridional se admiró al entrar en casa del austero y frio filósofo; la personalidad de Robespierre, semejante á un culto que se diese á sí mismo, respiraba hasta en los simples adornos de su modesto gabinete. En todas partes estaba reproducida su imagen por el lápiz, el pincel ó el buril. Robespierre no pasó de las reflexiones generales sobre la marcha de la revolucion, sobre la celeridad que los jacobinos y él mismo habian impreso á sus movimientos, sobre la inminencia de una crisis próxima y sobre la urgencia de dar un centro, un alma y un jefe á esta crisis, invistiendo á un hombre de la omnipotencia popular. «Nosotros no queremos sustituir un dictador á un rey», — respondió bruscamente Rebecqui marchándose;

y Panis, acompañando á los jóvenes marseleses, dijo á Rebecqui apretándole la mano: «Habeis comprendido mal; no se trata sino de una autoridad momentánea é insurreccional para dirigir y salvar al pueblo, y de ninguna manera de una dictadura. Robespierre es sin duda este hombre del pueblo».

Exceptuando esta conversacion, provocada por los amigos de Robespierre sin su conocimiento, como hemos dicho ya, y aceptada por los jefes marseleses, nada indicó en Robespierre la ambicion prematura de la dictadura, ni áun ninguna participacion directa en el movimiento del 10 de Agosto. La república era para él una perspectiva relegada en una lontananza casi ideal; la regencia le presagiaba un reinado débil y cien trastornos civiles; el duque de Orleans le repugnaba como una intriga coronada, y la Constitucion de 1791, lealmente practicada, le hubiera satisfecho á no ser por las traiciones que imputaba á la corte. La dictadura que ambicionaba para él era la dictadura de la opinion pública; la soberanía de su palabra no aspiraba á otro imperio, y todo movimiento convulsivo de las cosas podia perjudicarle.

LIBRO VEINTE.

Fermentacion.— Los marseleses y el ayuntamiento de París piden la destitucion del trono.— La corte se prepara á la resistencia.— La acusacion de Lafayette es rechazada.— Insulto á los diputados constitucionales.— Preparativos de los insurgentes.— Noche del 9 al 10 de Agosto.— Tócase á rebato.— Escenas íntimas entre los conjurados.— Angustias de la reina y de madama Isabel.— Descripcion de las Tullerías.— Enumeracion de las tropas.— Espíritu que las anima.— Posibilidad de rechazar á los insurgentes.

I

Sin embargo, la fermentacion crecia de hora en hora. Por todas partes se oía aquel murmullo sordo que presagia las catástrofes de los imperios, como las de la naturaleza. Lafayette decian que iba á marchar sobre París. El viejo Luckner habia confiado este proyecto á Guadet en una comida en casa del obispo Gobel. Advertido del peligro de esta confianza, Luckner se retractaba. Los federados acumulados en París rehusaban salir, pretextando las traiciones manifiestas de los generales aristócratas á cuyas órdenes se les mandaba, no á la victoria, sino á la muerte. Dumouriez habia recibido la orden pérfida de levantar su campo y de abrir de este modo el acceso de la capital á los austriacos, pero su patriotismo no le permitió obedecerla. En el palacio se hacian secretamente preparativos de ataque y defensa; los aposentos interiores del rey estaban llenos de nobles y de emigrados que habian regresado. El estado mayor de la guardia nacional conspiraba con la corte. El Carrousel y el jardin de las Tullerías era un campamento; el palacio, una fortaleza pronta á vomitar la metralla y el incendio sobre París. El suelo mismo del jardin de las Tullerías era mirado por el pueblo como una tierra maldita en que estaba prohibido poner el pié á los buenos ciudadanos. Entre la plataforma de los Fuldenses y el jardin habian extendido una cinta tricolor con esta inscripcion amenazadora: «¡Tirano, nuestra cólera pende de una cinta, tu corona pende de un hilo!»

Las secciones de París, estos clubs legales, estos fragmentos incoherentes de las municipalidades, trataron de adquirir alguna unidad para hacerse más imponentes y más temibles á la Asamblea y á la corte. Petion organizó en la casa de la ciudad una oficina de correspondencia general entre las secciones; se redactó en su nombre una proclama al ejército, que no era sino una provocacion al degüello de los generales. «No es contra los austriacos—decian á las tropas—contra quienes Lafayette quisiera conducirnos, sino contra nosotros; con la sangre de los mejores ciudadanos es con lo que él quiere regar el pavimento del palacio real, á fin de complacer á esa corte insaciable y corrompida; pero nosotros le vigilamos y somos fuertes. En el momento en que los traidores quieran entregar nuestras ciudades al enemigo, los traidores habrán desaparecido, y nosotros pereceremos envueltos en las cenizas de nuestras ciudades.»